

LA ELECCIÓN DE 2016: LA FORMACIÓN DE LA OPINIÓN PÚBLICA Y LA INTEGRIDAD DEL SISTEMA DEMOCRÁTICO EN ESTADOS UNIDOS

*Leonardo Curzio**

La democracia deliberativa y la formación de la opinión pública

Hay múltiples teorías sobre la democracia y diversas caracterizaciones de la misma. No es el propósito de este texto revisar las diferencias entre la democracia de los antiguos y la moderna, como tampoco es nuestro afán glosar las características de una democracia representativa (Sartori, 2003). Damos por supuesto que en un régimen democrático existen dos grandes campos de actuación: en el primero, se garantiza la representación, lo más amplia posible, de una sociedad plural en sus distintos cuerpos de representación —locales y nacionales—, y que, atendiendo a la voluntad de la mayoría, se otorgue un título de legitimidad a quienes ejercen la titularidad de las instituciones. En el segundo, se garantiza el acceso a la información y su más extensa difusión, a fin de que los electores puedan tomar las decisiones que la propia democracia les exige. Una democracia tiene, en suma, cuando menos un componente procedimental y un segundo elemento de carácter deliberativo.

La base teórica del régimen democrático supone que el ciudadano elige a los cuerpos representativos que aprobarán las leyes y tomarán las decisiones que convengan al interés público. Para que este mecanismo funcione hace falta, como se apuntaba, que la democracia tenga un componente deliberativo y, en consecuencia, siguiendo a Gutmann y a Thompson (2004), es necesario que el soberano tenga acceso pleno a la información disponible y pueda escuchar, de manera abierta, interpretaciones diversas sobre las distintas opciones de política pública que tiene un país en un contexto histórico determinado. La sociedad democrática requiere, igualmente, de un

* Investigador del Centro de Investigaciones sobre América del Norte de la Universidad Nacional Autónoma de México, <curzio@unam.mx>.

principio general de rendición de cuentas que obligue al poder público, en todos sus niveles y expresiones, a justificar sus decisiones con los argumentos técnicos o políticos que considere pertinentes, para dar una fundamentación jurídica coherente de que aquello que se decide no es contrario al ordenamiento jurídico y constitucional vigente en un país en un momento determinado y, finalmente, contrastar con la oposición las razones por las cuales la decisión tomada es más conveniente que las propuestas formuladas por la minoría. Las democracias modernas, en definitiva y en particular la estadounidense, requieren una amplia deliberación por parte de los actores institucionales y los partidos políticos, que sea accesible a todos los ciudadanos sin censura o limitación alguna. Como lo estableció el juez Oliver Wendell Holmes en 1919,¹ si a un grupo se le impide que exprese sus ideas, el ciudadano se verá privado de todos los elementos que ofrece el (desde entonces) llamado “mercado de ideas”, que es un pilar de la democracia o, como especificaría años después el juez Benjamin Nathan Cardozo, de la condición indispensable de casi todas las demás libertades.²

Se puede afirmar que en Estados Unidos es una sólida tradición jurídica que, salvo en casos extremos —como una guerra o el esquivo concepto de peligro inminente (*clear and present danger*)—, no pueda limitarse la libertad de expresión sin que se genere una tensión con la primera enmienda de la Constitución. El flujo de las opiniones debe ser libre e, idealmente, accesible para todo ciudadano. Para ello, sostenemos que debe cumplir tres condiciones:

1. La primera, muy valorada en democracias escandinavas, es el uso de un lenguaje que resulte comprensible para el ciudadano promedio (*plain language*), que no es otra cosa que la posibilidad de que cualquiera, con independencia de su formación académica o sus conocimientos jurídicos, pueda tener una versión compacta, pero satisfactoria, de todo lo que se discute en la arena pública por complejo que pueda parecer. En una democracia todos somos iguales a la hora de votar y debe, en consecuencia, hacerse un esfuerzo por garantizar que peculiaridades técnicas o jergas especializadas no alejen al ciudadano común de los debates más relevantes.
2. La segunda es garantizar que todos los elementos de información que apoyen la discusión pública estén disponibles para todos los ciudadanos y que la autoridad entienda que una democracia es el gobierno del pueblo, para el pueblo, por el pueblo y también frente al pueblo (Bobbio, 2013), dando así la

¹ Juez del Tribunal Supremo de Estados Unidos, defensor de la libertad de expresión.

² Para una lectura amplia de estos temas puede consultarse Werhan (2004).

oportunidad a todos los electores de comprobar la información, utilizar los datos abiertos, las bases de datos y todos los elementos técnicos que dan soporte a la información oficial. Además, todas las decisiones del gobierno, salvo las reservas especificadas en la ley, deben ser públicas. Una democracia puede tener secretos, pero éstos deben reducirse a su mínima expresión, aquella relacionada con la seguridad nacional y la integridad de ciertos procesos.

3. La tercera condición para la accesibilidad es que la información, las distintas posturas y las visiones alternativas de actores contrarios a la postura gubernamental puedan ser distribuidas equitativamente por todos los canales disponibles, a fin de que todos los sectores de la sociedad puedan estar informados de lo que está en juego.

Ahora bien, puesto que una democracia deliberativa supone que todo mundo tiene derecho a participar en el gran debate nacional o, como otros autores lo llaman, la gran conversación pública, es importante garantizar que el número de ciudadanos que participe en el debate público (y posteriormente en el proceso electoral) tenga un umbral mínimo que legitime colectivamente el proceso.³ Como ocurre en la abstención electoral, no hay un parámetro predeterminado a partir del cual una tasa de participación en un proceso deslegitime a una autoridad electa, pero es evidente que bajos rangos de participación minan la legitimidad de los poderes públicos. De manera similar, es deseable que el número de ciudadanos que se allegan información y tienen una opinión contrastada y fundada sobre lo que está en juego sea mayoritario, aunque es sabido que en las democracias modernas buena parte de los ciudadanos no consume, por distintas razones, la cantidad y la calidad de información que requeriría un participante en un debate informado. Los ciudadanos, por decirlo así, son de pleno derecho, pero no de tiempo completo. En una democracia masiva, como las modernas, es imposible pedir al ciudadano que esté al tanto de todos los asuntos de la agenda pública y que tenga una opinión estructurada. Es, sin embargo, una aspiración permanente de la democracia la formación de ciudadanos de alta intensidad.

De la misma manera, en una sociedad plural debe asegurarse que todas las posturas que quepan en el arco constitucional tengan la posibilidad de ser transmitidas a los ciudadanos. El pluralismo, como principio, reconoce la discrepancia como un derecho válido y plantea que a través de la argumentación

³ Aunque su interés central es México, resulta muy útil revisar lo dicho por Trejo Delarbre (2015).

pueda cambiarse una decisión mayoritaria. Por tanto, discrepar, debatir y oponerse no solamente es éticamente válido, sino que es consustancial a una democracia. En consecuencia, el establecimiento de un régimen democrático supone la existencia de un espacio público para que florezca un debate enriquecedor (el ya mencionado “mercado de las ideas” de Holmes) en el que nadie pueda ser descalificado; es decir, los opositores tienen el mismo derecho a hablar que el gobierno, así como el ciudadano tiene el derecho de oír a ambos para contrastar opiniones y formular y reformular sus decisiones. La deliberación pública es dinámica y, por tanto, lo que hoy es aceptado por las mayorías mañana podría dejar de serlo a la luz de informaciones novedosas o argumentos más persuasivos y eficaces o simplemente un cambio del contexto.

Una sociedad pluralista tiene, sin embargo, una frontera que los teóricos constitucionales han consignado de manera sistemática y es que todas las posturas tienen espacio en el debate democrático, salvo las que atentan directamente contra los valores que son la base de la convivencia. Este tema no está zanjado y hay controversias constitucionales como la del juez William O. Douglas en 1951, quien alegaba que una ideología (el comunismo) no podía ser perseguida por citación judicial, por indeseable que pudiese parecer a la mayoría el contenido de esa doctrina o por ser contraria a los fundamentos de una democracia de mercado. El argumento, decía dicho juez, es que ni el prejuicio ni el odio ni siquiera el miedo insensato deben motivar restricciones a la libertad de expresión, salvo cuando exista una prueba de daño inminente.⁴

Muchos observadores de la vida pública se han preguntado, en este proceso electoral de 2016, si elementos de la retórica de Trump y algunos de los grupos que lo apoyan (unos abiertamente racistas, otros con una marcada mentalidad anticientífica) debieran ser considerados como los de otro participante más del debate democrático o denunciados como enemigos del pluralismo y la democracia. El dilema fue planteado en reiteradas ocasiones por Paul Krugman (2016) a lo largo de la campaña electoral de 2016. No todas las opiniones son respetables ni válidas, algunas se fundan en evidentes mentiras. La duda llevada al extremo por Krugman es, si alguien plantea que la tierra es plana, ¿se debe considerar esto como una opinión más del “mercado de las ideas” o debe ser denunciada como falaz? Los medios

⁴ Al respecto, véase Bosmajian (1980).

serios, planteaba Krugman como corolario de su razonamiento, deben denunciar la falsedad, y de alguna manera es lo que hicieron, generando animadversión entre los grupos afectados.

Buena parte de los diarios más influyentes de Estados Unidos incorporaron (de manera visible) la comprobación de datos y hechos⁵ a sus propuestas informativas, lo cual arrinconó la retórica de Trump en la esquina de la demagogia populista y esa dinámica activó más el ciclo de denuncia del hoy presidente contra los medios tradicionales. No es casual que a muchos de ellos los mencionara en todas sus diatribas como aquellos pilares del *establishment* que había que derribar.

Dicho de otra manera, es discutible que, en nombre del pluralismo, pueda pedirse un espacio y un reconocimiento a quienes promueven ideologías totalitarias o racistas, como tampoco suelen aceptarse aquellos actores que utilizan el espacio democrático y optan por la violencia y el terrorismo. Los límites de la democracia son los linderos que le permiten evitar que sus enemigos se apoderen del libre espacio de las ideas para atentar contra ella. Ése es el principal dilema de la integridad de un sistema democrático en Estados Unidos.

La deliberación pública supone la existencia de un régimen clásico de libertades que garantiza la libre expresión y también la libre circulación de las ideas, porque esto permite articular el razonamiento público.⁶ Es fundamental constatar que en una democracia moderna, con tantas conexiones como las que permiten las modernas tecnologías, el debate público no se da de una manera (permítaseme la licencia) químicamente pura.

No todos los participantes están motivados por una visión ideal de lo que significa el interés público. Hay interferencias que deben ser identificadas y apropiadamente matizadas. La primera de ellas tiene que ver con el debate ideológico propiamente dicho. A diferencia del lenguaje científico o académico, el discurso político no se guía por la búsqueda de la verdad y la objetividad, persigue más bien la legitimación de los propios postulados para maximizar la propia posición.

Otro factor que puede alterar la deliberación pública es el interés económico de grupos (empezando por los propios medios de comunicación) que

⁵ El sitio Politifact (s/f) estableció un barómetro sobre la veracidad de las declaraciones de Trump e incluso revisó su discurso de toma de posesión el día 8 de noviembre.

⁶ Un par de autores que han trabajado de manera sistemática el vínculo entre la democracia y el razonamiento público son, por ejemplo, Jean Drèze y Amartya Sen (2013: 271 y ss).

pretenden influir en el debate público, en muchas ocasiones, con más recursos que los propios actores institucionales para presentar una versión determinada de algunos temas. Y, finalmente, podemos encontrar mentiras puras y duras enarboladas por distintos actores que puedan, como veremos más adelante, tener una aspiración política o una incidencia en el debate público, como pueden ser candidatos antisistema, iglesias o ciertos grupos de interés.

Conviene, a estas alturas, traer a colación otro concepto central, el de la agenda pública, que no es otra cosa que el conjunto de temas que en un contexto determinado se consideran prioritarios para el funcionamiento y prosperidad de un país. La pueden integrar un número indeterminado de temas, pero la capacidad de las sociedades para procesarlos es limitada; en consecuencia, los asuntos que integran dicha agenda suelen ser dos o tres, como máximo y, por tanto, la disputa por la atención colectiva supone un proceso que en inglés suele llamarse *agenda setting* (Protess y Combs, 1991), es decir, la capacidad para determinar si un tema es de interés nacional y si, en consecuencia, merece un escrutinio colectivo cotidiano y sistemático.

No es cuestión de profundizar tampoco en estas páginas en la forma en que se integra la agenda pública y los actores que pugnan para articularla. Baste, para proseguir con nuestra argumentación, el reconocimiento de que, si en el modelo clásico de finales del siglo xx, en una democracia deliberativa el gobierno, los partidos políticos y los medios de comunicación tenían un papel protagónico, hoy la nueva realidad tecnológica ha venido a trastocar severamente este supuesto.

Consideremos que el gobierno sigue conservando una enorme capacidad para anotar temas en la agenda pública y que las fuerzas políticas conservan también mil canales para llevar la atención nacional hacia los asuntos que consideren apropiados, aunque lo que es palmario y visible es que, usando la metáfora del sistema heliocéntrico, la nueva realidad tecnológica ha desplazado a los medios tradicionales del sitio central que antes ocupaban, para convertirlos en una serie de planetas más y no cabe duda de que aunque la televisión, la radio y la llamada prensa seria, particularmente, siguen siendo los planetas mayores, hoy conviven con plataformas como Facebook, Twitter o Instagram, accesibles a todos y que pueden formar redes con independencia del gobierno y esos medios de comunicación tradicionales para hacer circular información en múltiples sentidos, provocando una atomización de la agenda.

Dicho fenómeno, la atomización de la agenda pública, es una consecuencia directa de esta nueva realidad en la que los distintos intereses de una sociedad plural encuentran un camino de expresión directo y ampliamente satisfactorio. Todo ciudadano con un dispositivo con acceso a internet y una cámara puede subir contenidos a la red. Por supuesto, algunos correrán con mayor o menor aceptación por parte de otros participantes de ese entorno y eso dará a esos contenidos una forma de validación muy diferente de la que otorgaban los medios de comunicación tradicionales. En los nuevos canales, el número de *likes* (“Me gusta”) y corazones (“Me encanta”), que expresan aun mayor aceptación que los pulgares hacia arriba, así como otras muestras de aprobación tras la reproducción de los contenidos (en sus distintos formatos incluyendo el video), la lectura de comentarios y *tweets* se convierte en un elemento más importante que el escrúpulo tradicional de los medios por divulgar información atractiva, pero siempre cuidando la línea general de lo que se llama el rigor periodístico.

Es evidente que las fronteras de dicho rigor no son rígidas, pero, en términos generales, puede decirse que en los medios tradicionales la verificación de fuentes y la verosimilitud de la historia que se presenta a los lectores y las audiencias se dan por sentadas porque el sello editorial los respaldaba.⁷ En los nuevos medios, como veremos más adelante, puede publicarse cualquier cosa sin que nadie se haga responsable del contenido.

En las redes sociales toda opinión puede expresarse sin ninguna consecuencia. Cualquier comentario racista o peyorativo puede integrarse al muro del Facebook o cualquier usuario de Twitter puede arrojar insultos y descalificaciones sin cortapisas. Si en el modelo tradicional la deliberación pública tenía como límite el respeto a los valores constitucionales, en el periodismo tradicional la búsqueda de la verdad era la estrella polar de los medios que integran la llamada “prensa seria”, con independencia de su tendencia ideológica o preferencias políticas en un momento determinado.

En las redes sociales lo que menos importa es el rigor y, por supuesto, cualquier historia puede ser subida a la red sin que hasta el momento se haya encontrado ningún mecanismo para distinguir una historia verdadera o un dato irrefutable, de lo que es mentira y carece de solidez metodológica. En la red se puede decir lo que uno quiera sin que haya mecanismos correctivos

⁷ En su número del 3 de abril de 2017, la revista *Time* planteaba en su portada una polémica pregunta: *Is truth dead?*

ni responsabilidad asignada, como solía hacerse en una casa editorial o en una cadena televisiva. Trump hizo campaña con el Twitter y, desde esa red, desafió el conocimiento convencional de la elite republicana y conectó con un electorado radicalizado que no había aceptado con todas sus consecuencias el triunfo de un presidente afroamericano como Barack Obama.

De esta forma, el ciudadano contemporáneo, y particularmente los más jóvenes, se encuentra con una digitalización de la conversación pública que circula sin demasiados controles fácticos en un universo que ha dado en llamarse multimedia, que no es otra cosa que contenido específico noticioso circulando por varios soportes de comunicación combinados (texto, foto, o video) y que se distribuye por distintos canales. Se perfila, dada una tendencia general, que la imagen predomine, como lo advirtió Sartori (1998) en su célebre ensayo sobre el *homo videns*, pues las imágenes se canalizan mejor que las ideas complejas y que la construcción de una razón pública basada en argumentos. Las democracias dominadas por la televisión mostraron patologías que autores como Popper (1998), al final de su vida, analizaron con preocupación, pero las democracias con Internet nos están presentando una nueva realidad que plantea, en la misma proporción, oportunidades y desafíos (Neuman, Bimber y Hindman, 2011).

Las oportunidades de subvertir un orden determinado y el dominio abrumador de los medios oficiales es viable por la posibilidad de las sociedades de tener una comunicación horizontal (con video incluido) que puede llegar a ser “viral” (modismo que significa propagarse con la velocidad y amplitud de un virus) y es muy difícil que un gobierno cancele o límite su alcance (Fogel y Patiño, 2007). Hoy, la represión gubernamental puede ser exhibida en la red y convertirse en un arma poderosa en contra de los impulsos autoritarios de un gobierno. Buena parte de las revueltas liberadoras, desde Moldavia hasta el mundo árabe, son producto de esta nueva realidad tecnológica. No nos detendremos demasiado en esto, que ya ha sido analizado por Manuel Castells (2012), y no porque no sea importante, sino porque nos desvía de nuestro objeto de estudio principal que son las elecciones estadounidenses de 2016.

En dicho proceso pudimos observar el uso masivo de medios alternativos para diseminar mentiras (verdades alternativas) con un propósito político deliberado e incluso la difusión de falsedades con una innegable vocación de estigmatizar a ciertos grupos. Como ha apuntado Joshua Benton (2016),

en un pequeño pueblo del sur de Luisiana, por ejemplo, la víspera de la elección aparecieron, en la página del Facebook del alcalde en funciones, historias que no tienen ningún fundamento. Algunas volvían sobre temas tan disparatados como que Hillary Clinton llamaría a una guerra civil en caso de que el candidato republicano fuera electo, tratando de minar, de esa manera, su compromiso democrático y reforzando la idea de que Trump, en realidad, era un candidato genuinamente antisistema, una auténtica amenaza contra un sistema político que generaba creciente irritación en amplios círculos de la población. Otra historia difundida por esa vía fue aquella que le dio la vuelta al mundo pese a su falsedad, según la cual el papa Francisco había decidido apoyar a Trump. Miles de personas vieron esa nota sin atender posteriormente al desmentido; como consecuencia muchas de ellas votaron pensando que el papa, efectivamente, había apoyado al republicano.

Historias sin ningún tipo de fundamento podían reproducirse en miles de páginas y, a través de la interacción, ganar credibilidad. Algunas eran francamente burdas, como aquella de que Obama había admitido finalmente que había nacido en Kenia, mientras que otras eran más sutiles y venenosas, como la que sugería que el agente del FBI que había filtrado información sobre la corrupción de Hillary Clinton había aparecido muerto.

Los controles crecientes de los medios de comunicación sobre la veracidad de la información son difícilmente aplicables en un universo como Internet, que nació libre y muy probablemente lo siga siendo, con los beneficios y problemas que esto plantea.

La información generada en ese tipo de páginas —y reproducida por audiencias predispuestas a creer en ella— fomenta la proliferación de teorías de la conspiración, forma de pensamiento altamente compatible con ideologías extremistas de grupos radicalizados. Para Facebook, por ejemplo, estos casos trajeron una nueva responsabilidad (nada sencilla de cumplir) para “etiquetar” páginas de amplia difusión o con una interacción importante si la información que publican es falsa. Todo esto está todavía por desarrollarse.

De manera exponencial, ese amasijo de opiniones y prejuicios se fue convirtiendo en una tendencia en las redes sociales, distribuida en páginas de Facebook y cuentas de otras redes, que conectaba al Tea Party con el Ku Klux Klan, por citar solamente un caso. El encuentro en la red y la reconfortante sensación de tener una comunidad de sentimientos (y prejuicios) compartidos con un número amplio de ciudadanos fueron envalentonando

a estos grupos para dejar la periferia del sistema y afirmar, sin ambages, que no se avergonzaban de su ideología racista, nativista y anticientífica, la que —por primera vez desde que la corrección política se instaló como norma en los medios de comunicación tradicionales y en la elite política profesional— un candidato se atrevía a exteriorizar de manera abierta, incluso utilizando un lenguaje machista y profundamente procaz para dirigirse a otros pueblos y comunidades. Un candidato —en este caso Trump— hablaba como ese sector quería que su representante hablara, sin que objeciones constitucionales o científicas pudiesen negar la “americanidad” del juez federal en San Diego, Gonzalo Curiel (por tener origen mexicano), o la inexorabilidad del cambio climático por efecto de la actividad humana.

Esos grupos, que antes se sentían en la periferia del sistema, consiguieron sus propios medios y un paladín que decidiera hablar como ellos, y esos contenidos falaces de pronto empezaban a circular por ese territorio que algunos tratadistas han llamado “transmedia”, que no es otra cosa más que: “un proceso narrativo basado en el fraccionamiento del contenido y su diseminación a través de múltiples plataformas, soportes y canales (*offline* y *online*), con el fin de que cada medio pueda contar una parte específica y complementaria de la historia”.⁸

Los propios medios tradicionales incorporaron las mentiras y los prejuicios a su agenda informativa cotidiana y se preguntaban, con pertinencia, si era legítimo considerar cualquier opinión como válida o si su misión era confrontarlas o consignarlas acriticamente. En otras palabras, si algún personaje decidía defender la creación divina en contra del evolucionismo, no debería considerarse como una dualidad verdad/mentira, sino como una opinión tan respetable como cualquier otra. El dilema no es menor, porque muchos grupos intransigentes y abiertamente racistas pretenden hacer pasar sus posturas como si fueran una opinión más en un universo plural de una democracia deliberativa. La campaña política puso a los medios de comunicación frente a uno de los dilemas más importantes de su historia y Trump se encargó de ubicarlos como sus enemigos frontales.

La atomización de la agenda ha permitido a grupos minoritarios reafirmar su sentido de pertenencia y poder tener canales de comunicación que consoliden su identidad (Rubio, 2016). Tal atomización ha dado lugar a que

⁸ Véase <<http://mediossociales.es/transmedia-y-storytelling>>.

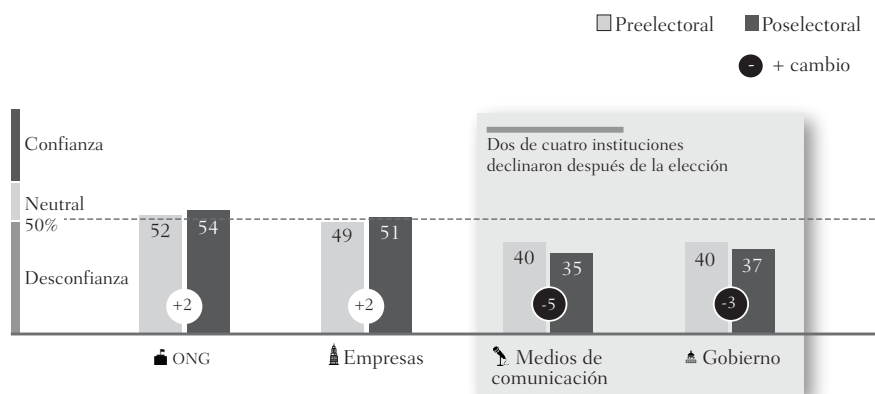
los grupos de interés que uno pueda imaginar, desde informativos hasta de entretenimiento, encuentren modo de relacionarse con audiencias o colectivos que tienen exactamente los mismos intereses y que en muchos casos comparten las opiniones. Es una extraña paradoja que la Internet, que estaba llamada a conectar el mundo cada vez con mayor eficiencia, esté al mismo tiempo desarrollando paulatinamente con mayor nitidez, grupos cerrados que dialogan entre ellos y son refractarios a una deliberación amplia en la cual puedan escucharse puntos de vista que desafíen el propio.

Ese fundamento de la democracia que apuntábamos antes —la posibilidad de acceder al “mercado de las ideas”— hoy parece amenazado por esta proliferación de islas inconexas que discuten y se retroalimentan entre ellas sin tomar en cuenta referentes externos que contradigan, maticen o pongan en entredicho las propias concepciones. Ya el filósofo alemán Peter Sloterdijk (2003) lo había notado en el contexto de las democracias europeas y lo había llamado “la conformidad acústica”, lo que significa algo tan sencillo como que a algunos ciudadanos les agrada escuchar información y opiniones que refuercen el propio punto de vista y tienden a sentirse incómodos o desafiados cuando escuchan o leen algo que contradice sus creencias. La conformidad acústica ha dado paso a un término que ha ganado popularidad y que, de alguna manera, sintetiza esa proclividad a rechazar lo que nos resulta desafiante o contradice una serie de posturas ideológicas y políticas que se asumen e interiorizan: la *posverdad* (*post-truth*), que el diccionario Oxford define como lo relativo o referido a circunstancias en las que los hechos objetivos son menos influyentes en la opinión pública que las emociones y las creencias personales.

En un universo de medios competitivos puede encontrarse un equilibrio al garantizar que todas las voces del abanico constitucional puedan expresarse en los principales canales de televisión y radiodifusión; de esa manera, ciertamente imperfecta, se fomenta que un ciudadano con ciertos sesgos ideológicos y preferencias pueda escuchar información de otros actores políticos o con otra orientación e idealmente ponderarla, valorarla e incluso admitirla. En las redes es menos sencillo que esto ocurra, porque se rigen por un principio de afinidades selectivas y eso potencia que el diálogo se dé entre convencidos. Por tal razón, el debate tiende a ser cada vez más insular y segmentado, lo cual plantea un desafío colosal para una sociedad como la estadounidense, que tiene prácticamente acceso universal a Internet de buena calidad.

En un contexto de atomización de la agenda pública, las posibilidades de los medios tradicionales de conducir el debate político se reducen notablemente; así lo pudimos comprobar en las campañas y precampañas de 2016. Como bien lo expresó en uno de sus editoriales *The Washington Post* (2016), si por ellos hubiese sido, Trump no habría sido ni siquiera candidato del Partido Republicano, mucho menos presidente. Para la prensa escrita, la elección de Trump marca un antes y un después en su capacidad de influir en la opinión pública. La pérdida de centralidad de los medios de comunicación tradicionales se combinó con un retroceso de la credibilidad en los mismos que distintas encuestas consiguieron detectar. Así lo muestra el estudio realizado por Edelman (2017), el cual indica que la confianza en los medios de comunicación cayó cinco puntos para ubicarse en 43 por ciento.

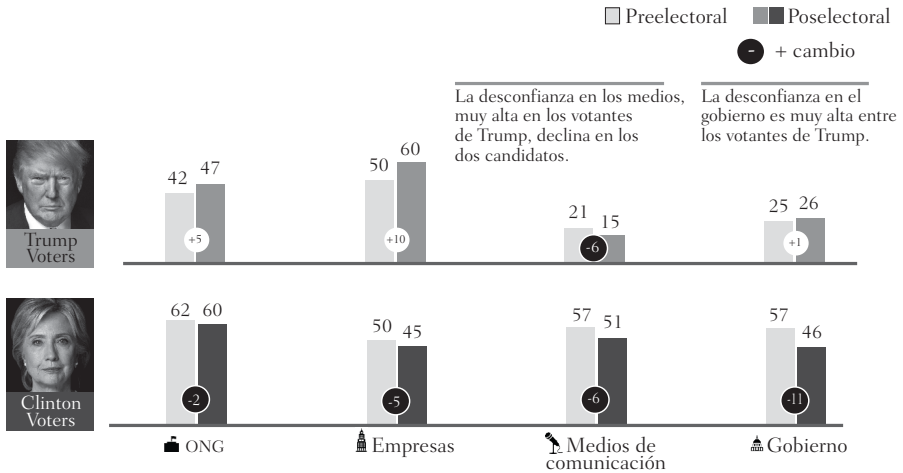
GRÁFICA I
LA CONFIANZA EN DOS INSTITUCIONES
(MEDIOS Y GOBIERNO) PIERDE FUERZA



FUENTE: "Edelman Trust Barometer Global Report", en Edelman, 2017, <<http://www.edelman.com/global-results/>>.

Cuando el precandidato Donald Trump se refería al *establishment* al que se debía derrotar, incluía invariablemente a los medios de comunicación a los que, de manera sistemática, sigue utilizando, pero como su némesis. Es más, el *spot* informativo de sus cien días de gobierno, que empresas de comunicación como CNN se negaron a publicar en sus espacios, partía del supuesto de que los medios no informan sobre los avances de su gobierno (CNN Communications, 2017) o, al menos, no lo que él quería.

GRÁFICA 2
LA CONFIANZA VARÍA SEGÚN LA AFINIDAD CON EL CANDIDATO



FUENTE: "Edelman Trust Barometer Global Report", en Edelman, 2017.

Una sociedad dividida y polarizada

Durante los últimos meses se ha popularizado, en el análisis político, la idea de una América dividida en dos grandes mitades. Siendo esto evidente en el proceso de 2016, podemos afirmar que en realidad esta división ha sido una constante (con algunas variaciones) a lo largo del siglo. Si analizamos con cierto detenimiento los resultados de los comicios durante lo que va de esta centuria, podemos constatar que nos encontramos ante dos hemisferios de proporciones similares, pero que en las sucesivas convocatorias electorales han variado. Por ejemplo, en 2000 George Bush alcanzó 50 456 000 votos, mientras que Al Gore obtuvo 50 996 000.

El siglo se inauguraba con la paradoja de que el ganador del voto popular no era el triunfador en el Colegio Electoral, como ocurriría 16 años después con Donald Trump; sin embargo, también lo empezamos con una América partida, como dije, en dos mitades casi perfectas, lo cual no tendría nada de particular dada la naturaleza del sistema electoral estadounidense, que fomenta este tipo de comportamiento, si no estuviésemos también ante dos formas de entender el mundo y los desafíos de Estados Unidos, las que en la propia

realidad nacional y en la proyección internacional llegarían muy pronto a generar una bifurcación de las narrativas nacionales. Un momento clave se dio cuando el gobierno de George Bush decidió usar una serie de argumentos mendaces para justificar una intervención imperialista en Irak.⁹ La forma en que el entonces gobierno republicano utilizó la dicotomía amigo-enemigo, es decir, el famoso estás conmigo o contra mí, sin matices ni mediaciones posibles, acentuaba de manera casi apocalíptica la irreconciliable partición.

CUADRO I
RESULTADOS ELECTORALES 2000-2016

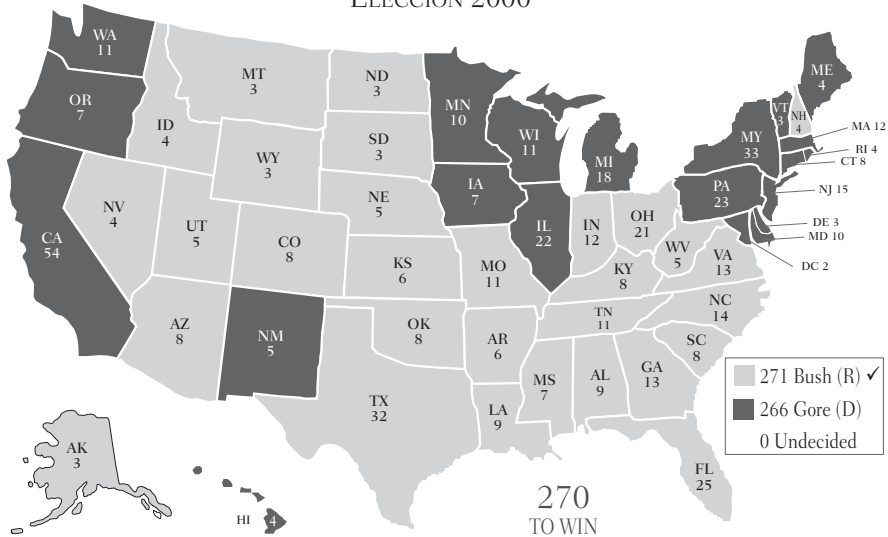
		<i>Electoral</i>	<i>Popular</i>
2000	George W. Bush	271	50 456 062
	Albert Gore Jr.	266	50 996 582
2004	George W. Bush	286	62 039 073
	John F. Kerry	251	59 027 478
2008	Barack H. Obama	365	69 456 897
	John S. McCain	173	59 934 814
2012	Barack H. Obama	332	65 446 032
	W. Mitt Romney	206	60 589 084
2016	Donald J. Trump	304	62 980 160
	Hillary R. Clinton	227	65 845 063

FUENTE: "Historical Presidential Elections", en 270twin, s/f.

En 2004 cambiaron un poco las cosas y la victoria de Bush fue más holgada, pero la división se mantenía. El polémico presidente tenía sesenta y dos millones de votos y John Kerry superaba ligeramente los cincuenta y nueve millones. Si los números reflejan con claridad esta sociedad de dos mitades, la cartografía electoral nos muestra también un Estados Unidos azul en las costas y uno rojo en el centro, que persiste (con algunas variaciones) hasta las elecciones de 2016. Como podemos ver en los sucesivos mapas y sus coloraciones, hay dos realidades sociológicas y políticas que estructuralmente parecen incompatibles en Estados Unidos.

⁹ Véase el muy interesante estudio sobre las contradicciones y falsedades de Bush elaborado por Peter Singer (2004).

GRÁFICA 3
ELECCIÓN 2000

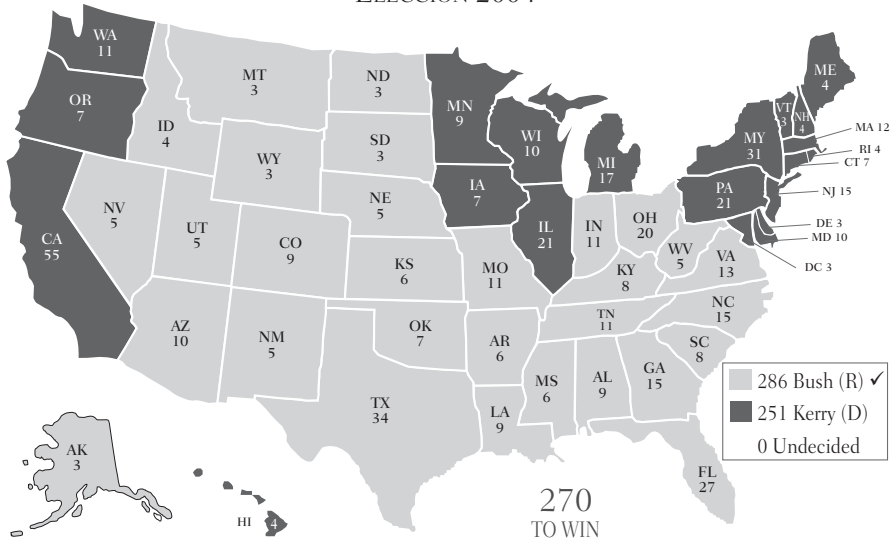


FUENTE: "Historical Presidential Elections", en 270twin, s/f.

En 2008, el péndulo cambia de sentido y Barack Obama consigue una abrumadora victoria sobre el senador de Arizona, John McCain. La distancia es de diez millones de votos y el triunfador decía que el mandato que le daban las urnas implicaba una revitalización del sueño americano y un llamado a superar las divisiones. Los cerca de sesenta millones que votaron por McCain se sintieron desplazados y descolocados en una nación en la que no reconocían ni la pigmentación de la piel de su presidente ni sus políticas de protección a los más necesitados. Esa América blanca que cree que el gobierno no debe extender su brazo protector en temas tan sensibles como la salud argumentaba que un "comunista" no nacido en Estados Unidos estaba prácticamente usurpando la primera magistratura.

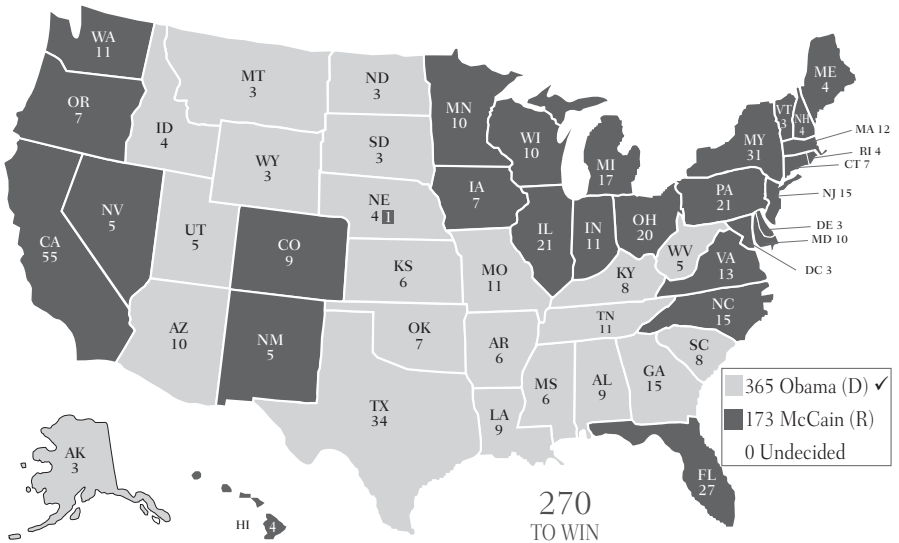
Una buena parte de la narrativa desplegada por los políticos republicanos y sus medios afines consistía en negar incluso la americanidad del presidente. Una encendida polémica sobre el lugar de nacimiento de Obama consumió, durante años, a un sector del electorado que, sin pruebas y aun en contra de ellas, decidió que el presidente afroamericano no era un miembro de su comunidad.

GRÁFICA 4
ELECCIÓN 2004



FUENTE: "Historical Presidential Elections", en 270towin, s/f.

GRÁFICA 5
ELECCIÓN 2008



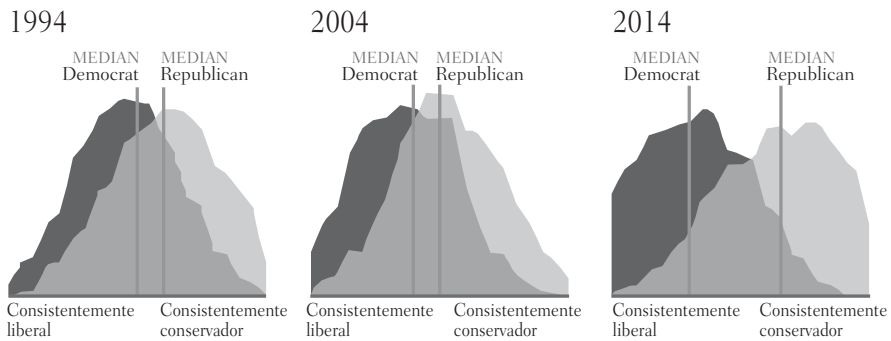
FUENTE: "Historical Presidential Elections", en 270towin, s/f.

Esos sesenta millones de votantes de los estados del centro del país vivieron el gobierno de Barack Obama como una especie de amenaza existencial. El cambio demográfico que implicaba que algunas minorías (como los hispanos) pudiesen determinar quién iba a ser en última instancia el inquilino de la Casa Blanca resultó perturbador para ellos. La idea ya muy difundida entonces del declive relativo de Estados Unidos, conjugada con la percepción de los blancos respecto de los afroamericanos, los hispanos y otras minorías, adquirió proporciones colosales y fue prefigurando el ambiente en el cual un personaje como Donald Trump cosecharía la victoria.

GRÁFICA 6 POLARIZACIÓN POLÍTICA ENTRE LOS ESTADUNIDENSES

Los demócratas y los republicanos están más divididos ideológicamente que en el pasado.

Distribución de demócratas y republicanos en una escala de 10 factores relativos a valores políticos



FUENTE: Pew Research Center (2014).

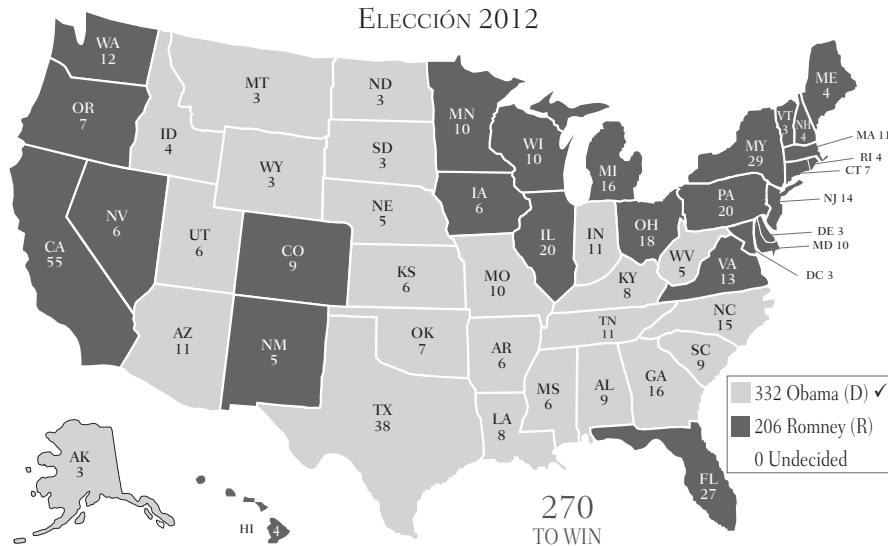
Para hacer más complejo el panorama, los estudios de opinión del Pew Research Center y otras casas encuestadoras nos permitieron constatar que aumentaba la participación de los radicales de cada una de las corrientes políticas. Cuando Barack Obama y los republicanos se enfrentaban sobre distintos asuntos de la agenda nacional, las posiciones de estos últimos tendían a concentrarse en enfoques cada vez más conservadores, dejando atrás las posturas centristas y la posibilidad de establecer compromisos bipartidistas.

En los dos principales partidos, el número de centristas ha tendido a reducirse durante los últimos veinte años en favor de visiones consistente-

mente liberales e incluso francamente críticas entre los demócratas, lo que explica el ascenso de Bernie Sanders. De manera recíproca, entre los republicanos creció el número de conservadores que encontraron en Trump a su portavoz y paladín. El corrimiento a los extremos se aprecia en las siguientes distribuciones de 1994 a 2014.

En las elecciones de 2012, las distancias entre republicanos y demócratas se vuelven a recortar y de nuevo encontramos dos mitades casi perfectas del voto popular: Mitt Romney alcanza 60 600 000 votos y Barack Obama gana con 65 450 000 votos en números redondos. Nuevamente la geografía electoral nos permite ver que las costas permanecían sólidamente leales a los demócratas y el centro del país seguía y pertinazmente favorable a los republicanos, sólo que cada vez más radicalizados.

GRÁFICA 7
ELECCIÓN 2012

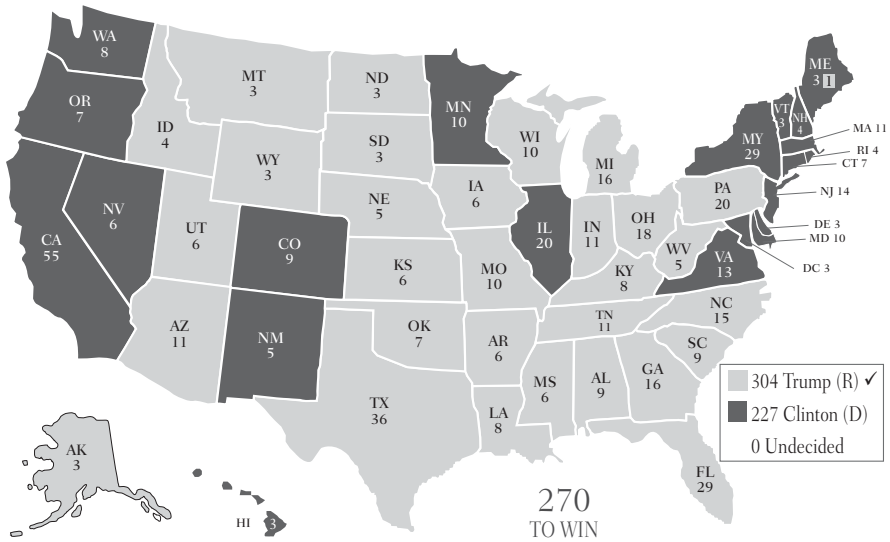


FUENTE: "Historical Presidential Elections", en 270towin, s/f.

Lo que vendría en 2016 es una consecuencia natural de esta estructura sociológica del voto. Después de ocho años de gobiernos demócratas, el péndulo giraba a la derecha y Donald Trump ganaba la elección en el Colegio Electoral con 304 votos y un respaldo de cerca de 63 millones de votos populares, mientras que Hillary Clinton no consiguió rebasar los 65 millones

que tuvo Barack Obama en su reelección y, a pesar de su triunfo en el voto popular, no pudo retener dos estados, Michigan y Wisconsin, tradicionalmente azules.

GRÁFICA 8
ELECCIÓN 2016



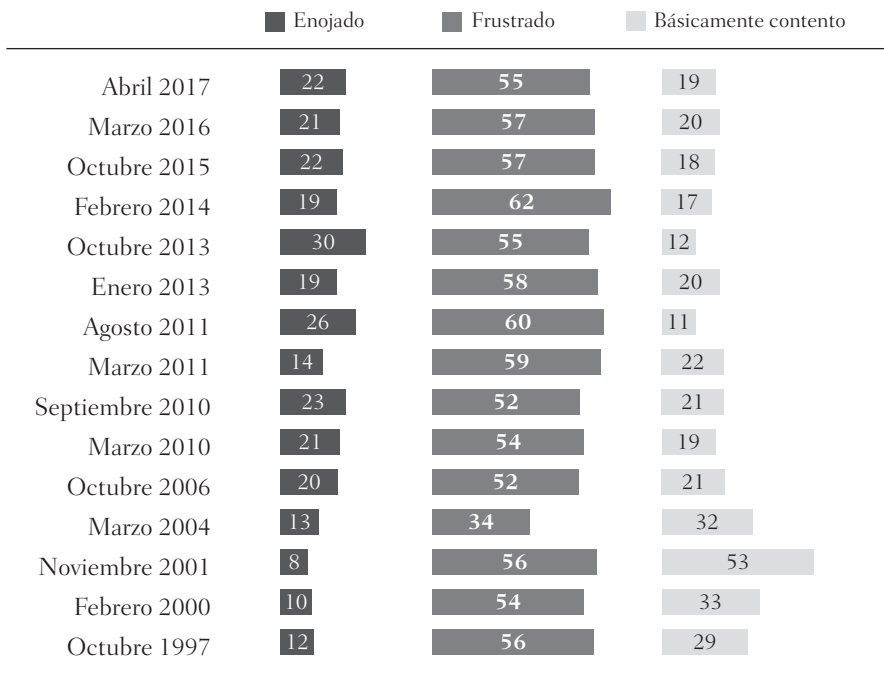
FUENTE: "Historical Presidential Elections", en 270twin, s/f.

La era de la desconfianza

Pese a la enorme división y polarización, los estadounidenses siguen teniendo una perspectiva positiva de su futuro. Según otra encuesta del Pew Research Center (2017b), el nivel de confianza en el futuro de su país se mantiene en niveles altos. Cerca del 70 por ciento dice tener bastante confianza en el porvenir, mientras que 28 por ciento ha expresado que se siente pesimista. Por supuesto que estos números requieren de una lectura contextualizada para evaluar cómo han cambiado en este siglo. Si consideramos que en 2015 el número de estadounidenses que se mostraban poco animados con el futuro ascendía a 15 por ciento, en la última medición se duplicó. Podemos asociar la sensación de zozobra con las campañas, pero eso no lo explica todo. Por supuesto, en Estados Unidos, como en casi todas las

democracias, la lectura partidista cambia en función de los resultados electorales y de quién ocupa el gobierno. En 2013, por ejemplo, el número de republicanos que se decía frustrado por el futuro del país alcanzó niveles inusualmente altos, como vemos en la gráfica sobre las actitudes de los estadounidenses hacia el gobierno.

GRÁFICA 9
OPINIONES Y SENTIMIENTOS RESPECTO DEL GOBIERNO



FUENTE: Pew Research Center (2017a).

Si vemos con detenimiento los números en esta gráfica notaremos que, si bien las distribuciones no han cambiado demasiado en los últimos cinco años, la insatisfacción con el gobierno en turno se ha mantenido en niveles similares hasta abril de 2017 con la única excepción de noviembre de 2001 cuando, después de los ataques terroristas, 53 por ciento los estadounidenses se sentía muy satisfecho con la acción gubernamental. Hacia 2004, al reelegirse George W. Bush, el porcentaje de satisfechos se había encogido 20 por ciento y el de frustrados se había incrementado en una proporción

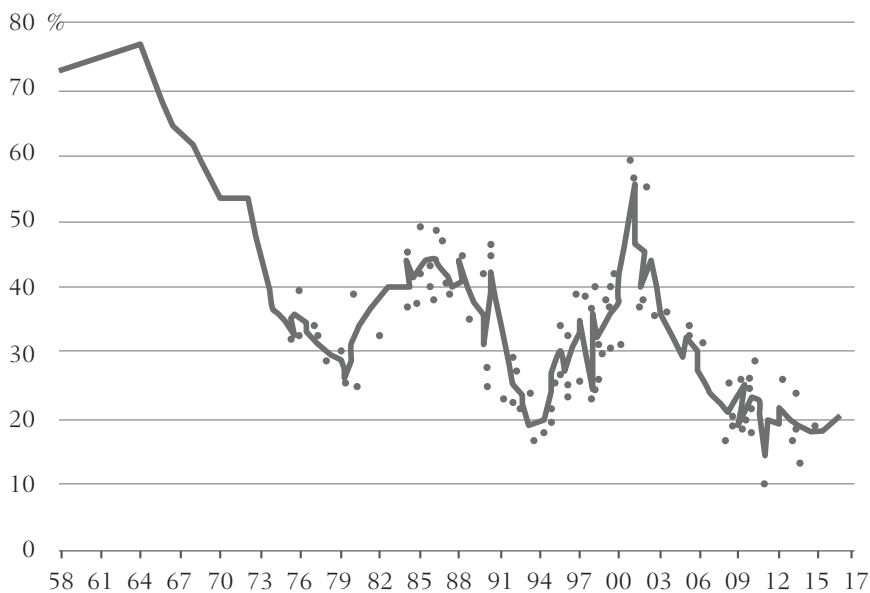
similar, pero en esos años el sentimiento de irritación no había despegado, como sucedería a partir de 2006, cuando el análisis público del gobierno de Bush empezaba a arrojar balances negativos en prácticamente todos los ámbitos de la acción gubernamental.

Como también podemos apreciar, el porcentaje de personas enojadas no volverá ya a niveles de un dígito y una cifra cercana a un cuarto de la población mantendrá esta actitud hasta la actualidad. El porcentaje de frustrados se moverá por encima de los 50 puntos de manera consistente, con lo cual tenemos a prácticamente tres cuartas partes de la población estadounidense que se mueve entre la rabia y la frustración contra su gobierno; además, en franco contraste, una minoría de sólo dos de cada diez se muestran contentos. En otras palabras, la confianza en el gobierno está en niveles extraordinariamente bajos.

Es interesante observar en perspectiva histórica el movimiento de esta variable en la opinión estadounidense. Lejos, muy lejos, quedan los cerca de 80 por ciento que a finales de la década de los cincuenta manifestaban confianza en su gobierno. Durante los sesenta, la caída del indicador fue constante y particularmente pronunciada hasta los años ochenta, cuando Reagan consiguió llevar la tasa de confianza a niveles superiores al 45 por ciento. En los noventa, el indicador volvería a caer a niveles muy similares a los que hoy se observan, pero, como se aprecia en la distribución de puntos y como ya señalábamos antes, 2001 le dio un nuevo aire al gobierno y una renta política que George Bush dilapidó.

La polarización generada por la elección de Barack Obama nunca hizo que se superara la desconfianza y el índice jamás volvería a repuntar, hasta la fecha. Dicho de otra manera, la confianza en el gobierno no ha dejado de decrecer en los últimos quince años. Eso explica, a mi juicio, por qué un individuo como Trump pudo conectar con un segmento del electorado que sentía una enorme frustración con la acción gubernamental de Obama, pero no tenía confianza en los políticos tradicionales del republicanismo que, como pudimos observar, perdieron buena parte de su crédito cuando ejercieron el gobierno durante la presidencia de Bush.

GRÁFICA 10
 CONFIANZA EN EL GOBIERNO (1958-2017)



FUENTE: Pew Research Center (2017b).

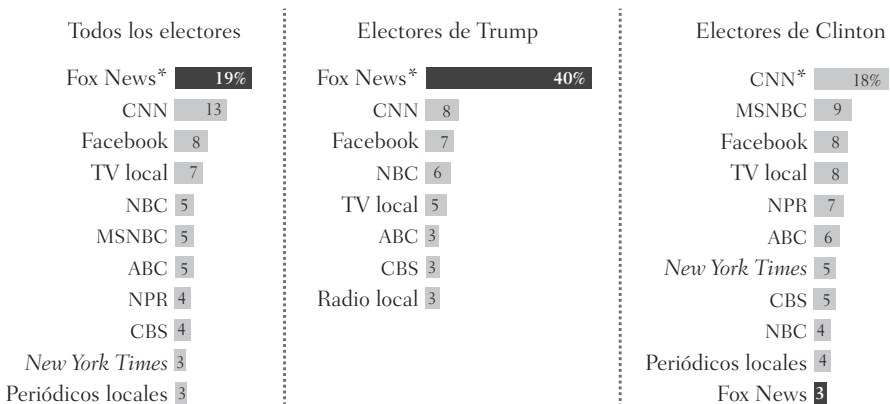
Diferentes fuentes, diferentes visiones

En este contexto de atomización de la agenda pública, así como de polarización y desconfianza, vale la pena revisar cómo adquiere información ese ciudadano enojado y desconfiado. Han corrido ríos de tinta sobre las fuentes que consultaron los partidarios de Trump para informarse del proceso electoral. ¿Cuáles eran los medios a los que acudían para formarse un criterio? Sorprende, por ejemplo, que su animadversión a los tratados de libre comercio no fue compartida por los medios más cercanos a la derecha económica (*The Wall Street Journal*, por ejemplo) ni por el *establishment* tradicional de los medios cercanos a la órbita republicana. Nosotros tomaremos como punto de referencia la encuesta publicada por el Pew Research Center (2016), que se realizó del 20 al 25 de octubre de 2016 con un panel representativo de las opiniones de los estadounidenses.

La relevancia que Internet y las redes sociales han tenido en esta elección es muy grande, como quedó establecido en páginas precedentes. Sitios de Internet como Breitbart o BuzzFeed cumplieron una función muy importante en el posicionamiento de las ideas del universo trumpista y configuraron la plataforma ideológica que resultó finalmente triunfadora en las elecciones de noviembre de 2016; no obstante, sin desconocer el peso específico que hoy las redes sociales y el ciberespacio juegan en la distribución de información y en la articulación de opiniones, la televisión siguió siendo el medio más importante para obtener información sobre el proceso político.

Como puede verse en la siguiente gráfica, la cadena más mencionada como su principal fuente de información sobre las campañas de 2016 por todos los votantes fue Fox News (Cassino, 2016). Dos de cada diez estadounidenses utilizaron esa cadena conservadora para obtener su información. En segundo lugar viene CNN con un distante 13 por ciento y después Facebook, plataforma que, como hemos visto, generó una controversia enorme por la difusión de noticias falsas. Prácticamente la mitad de la población se informó por estas tres vías y la televisión local del proceso político que permitió a Trump, primero, ganar la candidatura republicana y, después, las elecciones generales que lo llevaron a la Presidencia.

GRÁFICA 11
LOS VOTANTES Y SU FUENTE DE INFORMACIÓN



FUENTE: Pew Research Center (2017c).

Es interesante constatar que Fox News es una cadena con un encuadre conservador y un elevado nivel de editorialización, donde la búsqueda de la verdad no es necesariamente una prioridad. El foco está puesto en agradar los oídos de audiencias más conservadoras (Erikson, 2015) predisuestas a buscar eso que habíamos llamado ya la conformidad acústica.

En esa cadena se difundió, por ejemplo, con enorme frecuencia, que Obama no era un ciudadano en Estados Unidos y es fácil escuchar en su programación que la de México es una frontera porosa y peligrosa, que representa una amenaza similar a Afganistán o Pakistán. Su modelo de negocios en el ámbito informativo tiene un componente muy particular que es preciso conocer con más detalle. Para los efectos de este texto, baste decir que si es un buen negocio desplazar a la verdad (o la objetividad periodística) a un segundo plano, no hay demasiada resistencia en hacerlo si a quien se afecta es a un enemigo ideológico. Medios como ése son altamente partidistas, con un nivel de arbitrariedad superlativo y no sorprende que el 40 por ciento de los votantes del neoyorquino eligieran Fox News como su principal fuente de abastecimiento noticioso. Sólo el 8 por ciento refería ver habitualmente CNN y el 7 por ciento consignaba informarse a través de Facebook.

La prensa seria, esa que publicó de manera casi unánime editoriales críticos de lo que la plataforma de Trump y su programa político suponían, simple y llanamente no fue leída por sus votantes. Si miramos los detalles de las prácticas informativas de los electores de Hillary Clinton, veremos que *The New York Times*, por ejemplo, era consultado por el 5 por ciento de ellos. No nos detendremos en la distribución de cada uno de los medios consignada en la gráfica, pero subrayamos la relevancia que la cadena Fox tuvo en la construcción y la difusión del fenómeno Trump. Aun como presidente, Trump insiste en llamar “fake news media” a todas aquellas cadenas que no comparten su visión y, desde luego, excluye sistemáticamente a Fox de esa categoría.

Con su triunfo, el término “fake news” adquirió una connotación de arma arrojada en contra de sus críticos y hoy es una de las principales amenazas a la integridad de la deliberación democrática. Si en años anteriores el concepto se aplicaba a portales poco rigurosos que fabricaban noticias sensacionalistas, el actual presidente se ha encargado de colocar a la prensa seria y a medios electrónicos tan importantes como CNN dentro de esta engañosa categoría.

Es legítimo preguntarse a estas alturas si la apuesta de Trump por hostigar a los medios tradicionales es una amenaza para la integridad del sistema democrático, pues una prensa libre y vigorosa es fundamental para alimentar la deliberación pública. Esta inquietud admite dos lecturas: la primera, que el conjunto de instituciones de ese país es lo suficientemente sólido para resistir una agresiva tormenta verbal del inquilino de la Casa Blanca. Incluso algunos actos arbitrarios, como excluir a representantes de ciertos medios de determinados eventos o agresivas conclusiones de entrevistas con conductores críticos (Dickerson, 2017) o la amenaza de cancelar las conferencias de prensa pueden restaurar la función de control democrático que los medios juegan en un sistema abierto (Trump, 2017).

Los medios estadounidenses enfrentan una grave crisis en su modelo de negocios tradicional, pero conservan una fortaleza considerable para resistir una presión política de la Casa Blanca, especialmente si consiguen mantener una unidad de propósito que el propio Trump facilita al criticarlos en bloque.

La segunda lectura es que la hostilidad del presidente a la crítica puede minar, en determinados sectores, la cultura del escrutinio y la desconfianza que hoy suscitan los medios tradicionales en amplios sectores de la población. En un ambiente social que combina atomización de la agenda con radicalización creciente de la población, la democracia estadounidense puede caminar por una senda de populismo nacionalista que no solamente le quite su ejemplaridad, como lo hacía notar Diamond (2016), sino que cada vez menos estadounidenses consideren que el opositor no es un actor moralmente válido con el que se discrepa o discute, sino un enemigo de los valores fundantes o, como dijo Kellyanne Conway (Borchers, 2017), un enemigo del pueblo.

Fuentes

270toWin

s/f “Historical Presidential Elections”, en <<http://www.270towin.com/historical-presidential-elections/>>.

BENTON, JOSHUA

2016 “The Forces that Drove this Election’s Media Failure Are Likely to Get Worse”, *NiemanLab*, 9 de noviembre, en <<http://www.niemanlab.org/2016/11/the-forces-that-drove-this-elections-media-failure-are-likely-to-get-worse/>>.

BOBBIO, NORBERTO

2013 *Democracia y secreto*. México: FCE.

BORCHERS, CALLUM

2017 “Kellyanne Conway Went on CNN. Then She Wouldn’t Get Off”, *The Washington Post*, 10 de julio, en <https://www.washingtonpost.com/news/the-fix/wp/2017/07/10/kellyanne-conway-went-on-cnn-then-she-wouldnt-get-off/?utm_term=.bd27d2475c01>.

BOSMAJIAN, HAIG

1980 *Justice Douglas and Freedom of Speech*. Nueva Jersey: Scarecrow Press.

CASSINO, DAN

2016 *Fox News and American Politics: How One Channel Shapes American Politics and Society*. Nueva York: Routledge.

CASTELLS, MANUEL

2012 *Redes de indignación y esperanza*. Madrid: Alianza.

CNN COMMUNICATIONS

2017 Mensaje de respuesta a Donald Trump, 2 de mayo, en <<https://twitter.com/CNNPR/status/859425426556542976>>.

DIAMOND, LARRY

2016 “How Washington Can Reverse the Tide”, *Foreign Affairs*, en <<https://www.foreignaffairs.com/articles/world/2016-06-13/democracy-decline>>.

DICKERSON, JOHN

2017 “President Trump’s Interview in the Oval Office: Full Transcript”, *CBS News*, 1º de mayo, en <<http://www.cbsnews.com/news/president-trump-oval-office-interview-cbs-this-morning-full-transcript/>>.

DRÈZE, JEAN y AMARTYA SEN

2013 *Una gloria incierta. India y sus contradicciones*. Madrid: Taurus.

EDELMAN

2017 “Edelman Trust Barometer Global Report”, en <<http://www.edelman.com/global-results/>>.

ERIKSON, ROBERT y KENT L. TEDIN

2015 *American Public Opinion: Its Origins, Content and Impact*, 239. Nueva York: Routledge.

FOGEL, JEAN FRANÇOIS y BRUNO PATIÑO

2007 *La prensa sin Gutenberg*. Madrid: Punto de lectura.

GUTMANN, AMY y DENNIS THOMPSON

2004 *Why Deliberative Democracy?* Nueva Jersey: Princeton University Press.

KRUGMAN, PAUL

2016 “Los medios se ‘hacen de la vista gorda’ con fallas de Trump”, *El Financiero*, 19 de septiembre.

NEUMAN, RUSSEL, BRUCE BIMBER y MATTHEW HINDMAN

2011 “The Internet and Four Dimensions of Citizenship”, en Robert Shapiro y Lawrence Jacobs, eds., *The Oxford Handbook of American Public Opinion and the Media*. Oxford: Oxford University Press.

OXFORD DICTIONARIES

s/f “Post-Truth”, en <<https://en.oxforddictionaries.com/definition/post-truth>>.

PEW RESEARCH CENTER

2017a “Frustration Remains Dominant Public Feeling toward Federal Government”, 3 de mayo, en <<http://www.people-press.org/2017/05/03/public-trust-in-government-remains-near-historic-lows-as-partisan-attitudes-shift/3-19/>>.

2017b “Public Trust in Government Remains Near Historic Lows”, 3 de mayo, en <<http://www.people-press.org/2017/05/03/public-trust-in-government-remains-near-historic-lows-as-partisan-attitudes-shift/1-19/>>.

2017c “Fox News Dominated as Main Campaign News Source for Trump Voters; No Single Source as Pronounced among Clinton Voters”, 17 de enero, en <http://www.journalism.org/2017/01/18/trump-clinton-voters-divided-in-their-main-source-for-election-news/pj_2017-01-18_election-news-sources_0-01/>.

2016 “Trump Voters Want to Build the Wall, but Are More Divided on Other Immigration Questions”, 29 de noviembre, en <<http://www.pewresearch.org/fact-tank/2016/11/29/trump-voters-want-to-build-the-wall-but-are-more-divided-on-other-immigration-questions/>>.

2014 “Political Polarization in the American Public”, 12 de junio, en <<http://www.people-press.org/2014/06/12/political-polarization-in-the-american-public/>>.

POLITIFACT

s/f “All False Statements Involving Donald Trump”, en <<http://www.politifact.com/personalities/donald-trump/statements/byruling/false/>>.

POPPER, KARL

1998 *La televisión es mala maestra*. México: FCE.

PROTESS, DAVID y MAXWEL MCCOMBS, eds.

1991 *Agenda Setting: Readings on Media, Public Opinion, and Policymaking*. Nueva York: Routledge.

RUBIO, DIEGO

2017 “La política de la posverdad”, *Estudios de política exterior*, no. 176, en <<http://www.politicaexterior.com/articulos/politica-exterior/la-politica-de-la-posverdad/>>.

SARTORI, GIOVANNI

2003 *¿Qué es la democracia?* México: Taurus.

1998 *Homo Videns. La sociedad teledirigida*. Madrid: Taurus.

SINGER, PETER

2004 *El presidente del bien y el mal. Las contradicciones éticas de George Bush*. Barcelona: Tusquets.

SLOTERDIJK, PETER

2003 *Crítica de la razón cínica*. Madrid: Siruela.

THE WASHINGTON POST

2016 “President Trump”, 9 de noviembre, en <https://www.washingtonpost.com/opinions/president-trump/2016/11/09/037114be-a530-11e6-8fc0-7be8f848c492_story.html?utm_term=.e9a2223c2036>.

TREJO DELARBRE, RAÚL

2015 *Alegato por la deliberación pública*. México: Cal y Arena.

TRUMP, DONALD J.

2017 Mensaje en Twitter, 12 de mayo, en <<https://twitter.com/realDonaldTrump/status/863002719400976384>>.

WERHAN, KEITH

2004 *Freedom of Speech: A Reference Guide to the US Constitution*. Westport: Praeger.